

Ricardo Sidicaro

Notas sobre problemas de nuestra democracia

Ricardo Sidicaro

Sociólogo.

Investigador Principal Conicet,
Instituto de Investigaciones Gino Germani,
Universidad de Buenos Aires

Transcurridos 25 años del cierre de la dictadura procesista, son muchos los que se preguntan sobre las causas de las insatisfacciones reinantes en nuestro país con el funcionamiento del régimen político democrático que tantas expectativas suscitó en la mayoría de la población en su momento inicial. En estas breves notas nos interesaremos en destacar sólo tres aspectos en torno a ese tema. El primero remite a los observables empíricos que revelan la desconfianza y la desconexión de la gran mayoría de la ciudadanía con respecto a las dirigencias de los partidos políticos. En el segundo, nos ocuparemos de las escasas, o nulas, experiencias previas de las dirigencias partidarias de 1983 que las dotasen para construir un orden político democrático. En el tercero nos referiremos al sistema de prácticas partidarias que operaron objetivamente, deteriorando el reconocimiento de la democracia ante la ciudadanía.

El crecimiento de la desconfianza de la ciudadanía

Las encuestas que periódicamente se realizan indagando sobre la confianza de la ciudadanía en diferentes tipos de instituciones, revelan que durante los recientes 25 años aquellas que debían ser las bases del orden político democrático, conocieron un gran descrédito. Si bien al principio contaron con las expectativas favorables de la sociedad, luego éstas desaparecieron casi totalmente. El Congreso de la Nación, la Justicia y los partidos políticos vieron caer la confianza de la población a su punto más bajo

en la medición correspondiente al año 2002, y si bien luego hubo cierta recuperación, la situación subjetiva de desconexión o distanciamiento de los ciudadanos con dichas instituciones no cambió. Los porcentajes de desconfianza en los partidos políticos son tan elevados que indican que ninguno de los grandes partidos nacionales quedó fuera del proceso de descrédito. Las mismas personas que mantenían la tradición de votar por ellos no creían que los representaban o que cumplirían sus promesas electorales. Tanto el deterioro de la confianza en el Congreso Nacional como en los partidos, no fue el producto de la existencia de ideologías antidemocráticas que postularan el cambio de los sistemas de representación política. Los pocos grupos que impulsan ideas no-democráticas existentes en nuestro país, sean de extrema derecha o de extrema izquierda, carecen de influencia. El viejo predominio de las corporaciones sindicales o empresarias que se mostraban inclinadas a los pactos corporativos, y que en diversos momentos buscaron acuerdos gubernamentales con los militares, modificaron en los últimos 25 años esas posiciones. Si en otras épocas, la crítica a lo que se denominaba la "partidocracia liberal" tenía un cierto atractivo en distintos sectores sociales, hoy perdió absolutamente vigencia. Es más, dada la desconfianza que expresa casi toda la población hacia los partidos políticos hasta parece sorprendente que algunas figuras que protagonizaron el golpe carapintado de 1987 se esfuercen en encontrar un lugar bajo el sol en el interior de la antes denostada "partidocracia". Tal como surge del Cuadro 1, no nos encontra-

mos frente a una tendencia indiscriminada al debilitamiento de la confianza de la población en todas las instituciones por igual, ya que eso no pasa con las opiniones sobre la Iglesia y, tampoco, con el sistema de enseñanza. Con respecto a los partidos políticos, si bien no se dispone de informaciones sobre la confianza en ellos en 1984, todo indica que el porcentaje de opiniones favorables a los mismos debió, como en el caso del Congreso, rondar entre el 70 y el 80%. Si se piensa que el 93% de los encuestados por Gallup en 2007 decían no confiar en los partidos políticos, no puede menos que señalarse la especie de espejismo que producen los resultados electorales cuando se consideran como si fuesen la expresión de confianza en los candidatos o las fuerzas políticas tal como son. Al respecto, el Observatorio de la deuda social argentina de la Universidad Católica Argentina realizó mediciones de la opinión pública sobre la creencia en la valoración subjetiva del acto de votar: en 2004 sólo el 14% de los ciudadanos encuestados adjudicaba valor al mismo, porcentaje que pasó al 22% en 2007.

Para corroborar lo que decíamos anteriormente

sobre la no existencia de ideologías antidemocráticas que intervengan produciendo animadversión hacia la democracia, cabe citar los estudios de la Corporación Latinobarómetro que indagan en nuestro país sobre la validez acordada por la población al régimen político democrático: alrededor del 70% de los encuestados responden que la democracia es el sistema más adecuado para expresar las ideas e intereses de la ciudadanía. Sin embargo, ante la pregunta sobre el nivel de satisfacción con el funcionamiento de la democracia, la suma de quienes se declaran "Muy satisfechos" o "Más bien satisfechos" en promedio se sitúa en los últimos diez años en el 34%, habiéndose registrado las tasas más bajas en 2001 (20%) y en 2002 (8%), recuperándose los promedios del decenio en 2007.

Latinobarómetro sistematiza otros datos elocuentes para pensar en el desenvolvimiento de nuestra democracia. A las preguntas si trabajan "Muy frecuentemente" o "Frecuentemente", para algún partido político o candidato, sólo responden afirmativamente el 4% de los encuestados, lo que constituye el porcentaje más bajo de toda América Latina, igualado al de El Salvador. Para

una estimación comparativa: en Venezuela era del 25%, en Brasil y en Uruguay el 8%, en tanto que el promedio latinoamericano es del 9%. Las interpretaciones equivocadas sobre la participación de los ciudadanos en los partidos políticos que muchas veces se ilustra hablando del los siete u ocho millones de afiliados de los partidos, puede considerarse el fruto de entusiasmos frustrados, de manipulaciones más o menos extorsivas o, como se dice en la jerga de los iniciados, como dibujos. No sólo la Argentina es el país en el que existe el menor porcentaje de personas que declaran tener vínculos estables con partidos políticos o candidatos, sino que el carácter poco comprometido con las fuerzas políticas por las que se vota lo muestran las respuestas a otra significativa pregunta de los estudios de Latinobarómetro: sólo el 9% de los ciudadanos argentinos encuestados dice haber tratado "Frecuentemente" o "Muy frecuentemente", de convencer a alguien de lo que piensa políticamente, ese porcentaje se eleva a 32% en el caso venezolano, a 27% en Brasil y a 20% en Perú, siendo al respecto el promedio latinoamericano de 16%.

De la debilidad inicial

Tal como lo planteamos en un artículo reciente, Juan Linz sostuvo que los gobiernos democráticos que llegan al poder sin rupturas violentas o sin enfrentamientos con los regímenes autoritarios anteriores, encuentran siempre dificultades para emprender las tareas de depuración política, de modificación legislativa o de cambios de los equipos administrativos y militares. En el caso argentino, al listado de dificultades de Linz cabe agregar las aportadas por los dirigentes partidarios que nunca habían participado de cuerpos institucionales, de deliberaciones democráticas normales durante períodos razonablemente prolongados. Tampoco los partidos políticos habían tenido vidas internas capaces de funcionar, como se suele decir, como escuelas de democracia. En las condiciones de restricciones de las libertades públicas, los microcosmos partidarios fueron lugares de formación de pequeños grupos que rememoraban pasados mejores que, salvo en ocasiones excepcionales, no participaban realmente en conflictos políticos. La ruptura histórica de 1983, no pudo, obviamente,

Cuadro 1
Indicadores de Confianza en las instituciones 1984-2007

	1984	1991	2002	2007
Iglesia	47%	45%	49%	45%
Sistema de enseñanza	54%	38%	37%	41%
Prensa	47%	27%	37%	30%
Fuerzas Armadas	19%	28%	29%	24%
Policía	25%	26%	26%	16%
Justicia	59%	23%	10%	13%
Congreso	73%	17%	7%	12%
Sindicatos	31%	8%	10%	10%
Partidos políticos	(*)	15%	4%	7%

(*) La fuente señala que la primera medición sobre la confianza en los partidos políticos fue hecha en 1987 y que en esa oportunidad el 38% de los encuestados manifestó confiar en ellos.

Fuente: *Estudio acerca del trabajo voluntario y la responsabilidad empresarial*. Gallup Argentina 2007.



suprimir los *habitus* o sistemas de predisposiciones de las dirigencias partidarias socializadas en la anormalidad institucional reinante durante un período tan prolongado. En general, los análisis que abordaron la transición argentina a la democracia no adjudicaron mayor importancia al hecho de que los partidos que debían asumir un papel central en el nuevo régimen político eran portadores de continuidades de prácticas y de modos de pensar que poco tenían en común con las virtudes republicanas necesarias para construir una democracia de tipo occidental. Los principales partidos capitalizaban sufragios de importantes conjuntos de ciudadanos con su capacidad de evocar recuerdos más o menos difusos que dividían a la sociedad en sensibilidades políticas divergentes, cuyo poder emocional se mantenía, en buena medida, ayudado por las discontinuidades del sistema institucional. Como un efecto no buscado de los golpes militares y las periódicas supresiones de las actividades de esos partidos, se congelaban las representaciones imaginarias de la sociedad y los discursos partidarios. Las transformaciones sociales y culturales de la sociedad alcanzaban, en cierto modo, a los partidos, pero sus efectos se iban depositando como capas geológicas, modificando poco sus tradiciones ideológicas, sin alterar los estilos caudillistas de liderazgos. Esas máquinas partidarias defectuosas, aisladas de la ciudadanía durante las dictaduras, en un momento u otro habían fracasado en efímeros pasos por los gobiernos. El peronismo, la fuerza política que concitaba más apoyos desde mediados de los años '40, nunca había tenido una organización normal de partido político: proscripto durante muchos años, existió como una combinación de grupos heterogéneos conducidos por un líder carismático, quien al fallecer en el gobierno sin que se hubiese producido el tipo de proceso que Max Weber denomina de rutinización del carisma, su sucesión llevó al desorden de sus seguidores. La Unión Cívica Radical conoció desde 1930 una serie de divisiones que debilitaron su capacidad electoral, desde mediados de los años '40 su poder de convocatoria política se basó en presentarse como el rival del peronismo. Luego, la dictadura procesista le

dejó a los gobernantes radicales una desorganización del Estado, de la sociedad y de la economía, que conformaron problemas cualitativamente distintos a los previstos por su dirigencia partidaria. Pero, sobre todo, el radicalismo alfonsinista había llegado al gobierno en la época denominada por Ralf Dahrendorf de los desafíos de *la cuadratura del círculo*. Es decir, en la que existe la difícil tarea de combinar el mantenimiento de la capacidad competitiva de un país bajo las inestables y agresivas condiciones de la globalización económica, y lograr ese objetivo sin lesionar las bases de la cohesión y de la solidaridad social, asegurando la plena vigencia del régimen político democrático y respetando las regulaciones de una sociedad libre. En esas condiciones estructurales, fracasó luego el peronismo menemista. Los 17 primeros años de la democracia sumaron a la desilusión política de la ciudadanía los efectos de la pérdida de posibilidades de buena parte de la población de mantener o mejorar sus situaciones socioeconómicas, lo que sin duda incidió en la pérdida de legitimidad de la clase política en su conjunto.

Democracia sin participación ciudadana

Las democracias modernas son regímenes con partidos políticos que representan las opiniones e intereses de la ciudadanía. La organización de los partidos es, pues, una condición esencial de la existencia y buen funcionamiento de ese tipo de regímenes políticos. Si la plena vigencia de las libertades públicas es el grado cero a partir del cual cabe caracterizar a un sistema político como democrático, el ejercicio de las mismas no sólo constituye un derecho de los ciudadanos, sino que es el factor decisivo para que éstos se organicen como actores colectivos centrales de la vida política bajo el formato fundamental, pero no único, de partidos, o se incorporen a sus filas. El aspecto más deficitario de la experiencia argentina iniciada en 1983 fue, y de lejos, el hecho de que las dirigencias políticas no supieron, no quisieron o no pudieron generar las instancias organizativas para incorporar a los partidos a las personas afines con sus ideas y más

interesadas por los problemas públicos. La deliberación de los ciudadanos en el seno de los partidos no es una cuestión de orden normativo, sino que sirve para mejorar la racionalidad de la acción política, lo que beneficia al conjunto de la sociedad. La resistencia natural opuesta a la participación por aquellos que intentan monopolizar los puestos de mando de las organizaciones partidarias y los beneficios materiales y simbólicos que de ellos se derivan es un tema archisabido que esta demás repetir. Los artilugios de los falsos modos de participación de los afiliados mediante técnicas punteriles de manipulación y de dominación no son, por cierto, una invención reciente, ni, menos aún, un rasgo particular de un determinado país. Las cifras astronómicas de afiliados que ciertos partidos de afiliación directa suelen lucir como una especie de raro orgullo, son, en la mayoría de los casos, indicadores de la falta de participación cuando se trata de organizaciones que no editan regularmente prensa partidaria, no convocan a sus miembros a discusiones doctrinarias y no generan ámbitos horizontales de debate. Muchas veces se ha señalado que los medios de sumisión a los jefes que fueron propios de los partidos totalitarios de izquierda y de derecha, prefiguraron la sistemas opresivos que más tarde impusieron al conjunto de sus sociedades. Inversamente, puede afirmarse que los partidos fueron verdaderas escuelas de democracia cuando -sin cierres ni cortapisas- se dejaron atravesar por ideas nuevas que, por lo general, trajeron hombres y mujeres nuevos a la política. No es menos cierto que las rutinas permitieron en muchos casos el desenvolvimiento de burocracias formadas por quienes controlaban posiciones claves en los aparatos y se eternizaban "democráticamente" en sus cargos y candidaturas. Es paradigmático el caso de los Estados Unidos de Norteamérica que ya no llama la atención por tener senadores que se mantienen en su banca durante cuarenta o más años. Max Weber, preocupado por la tendencia al agotamiento de los valores de los partidos consideraba que la aparición de líderes carismáticos bien podía ser una alternativa positiva para la recreación espiritual de los mismos, hipótesis que no parece adecuada para las sociedades de la actual etapa de la

modernidad, en las que la heterogeneidad de las poblaciones y de sus modos de vida ya no favorecen la formación de ilusiones colectivas duraderas y no hay grandes jefes que aguanten las corrosivas miradas de los individuos reflexivos e informados. A Hipólito Yrigoyen le sacaron muy pocas fotos y fueron escasas las personas que lo vieron; ese fue el origen de su designación de "Peludo" encerrado en una cueva. Un político de los de antes, escribió Umberto Eco, terminaba una reunión partidaria y salía con un documento escrito a leerse a los cronistas especializados que esperaban en la antesala, mientras que en nuestros días cuando finalizan ese tipo de reuniones, al salir las figuras más destacadas son acosadas por movileros encantados de grabar *lapsus linguae* que luego serán repetidos hasta el cansancio para jolgorio de los telespectadores. En las sociedades como las nuestras, la cultura promedio de los ciudadanos de las grandes ciudades no es, como algunos parecen pensar, la de la mítica Doña Rosa, inventada como modelo de persona simple obsesionada con la defensa de sus intereses más egoístas. Doña Rosa es, probablemente, el ideal de afiliado de todo puntero especializado en sumar votos en las internas de cualquier partido que se proponga ser todo menos escuela de democracia. La aspiración del puntero suele ser comenzar de un modo modesto un *cursus honorum* de manipulaciones al servicio del "Doctor" o el "Licenciado" que le permita, "si hay justicia en esta tierra", convertirse luego, al menos, en concejal o diputado sin ideas propias y sumiso ejecutor de causas cambiantes pero crematísticamente rentables. Conservará, por otra parte, y como buen padre de familia su fichero de "voluntades" para que lo hereden sus descendientes. El buen hombre mirará con desconfianza la falta de realismo de quienes creen que la política puede ser participativa y deliberativa, y sin esfuerzos pensará que se trata de subversivos habermasianos, "seguramente a sueldo de poderes internacionales y empeñados en destruir las idiosincrasias locales heredadas de nuestros mayores".

Conclusión en pocas líneas

La democracia argentina ya tiene 25 años básicamente gracias al hecho de que la gran mayoría de la población que expresa su malestar e insatisfacción con su modo de funcionamiento y con las dirigencias partidarias, estima que es el mejor régimen político para nuestra sociedad. El recuerdo de las atrocidades de la última dictadura militar fortalece objetivamente a una democracia con muchas promesas incumplidas. Cambiar la manera de hacer política perjudicaría, sin duda, a quienes se benefician con el descrédito actual de la política y, paradójicamente, se ven protegidos por la falta de interés de la ciudadanía desilusionada de los partidos. La democracia fue pensada por muchos de nosotros de un modo un tanto mágico en 1983: creíamos que era un sistema que generaría la mejora de sus actores, no suponíamos que las viejas prácticas cooptarían a algunos de los que se acercaron a los partidos al mismo tiempo que espantaban a muchísimos otros. Había en aquella época más entusiasmo antimilitarista que reclamo democrático y de allí provino, en buena medida, la confusión. En este cuarto de siglo mandamos al museo de la historia a la cuestión militar, nos queda ahora resolver la cuestión, todavía pendiente, de la participación política en partidos democráticos bien organizados, sin caudillos anacrónicos, con programas y, que me disculpe el puntero, sin clientes y con deliberación ciudadana.